

**LA LITERATURA COMO MEDIO PARA LA
INTEGRACIÓN SOCIOCULTURAL**

Francisco J. Quevedo García y Elisa María Quintana Navarro
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

El fenómeno de la integración sociocultural no es un asunto nuevo, pero se ha puesto de relieve en la actualidad, sobre todo en nuestro país a partir de los últimos años, con la llegada masiva de inmigrantes venidos de diversas partes del mundo, sobre todo de África y Latinoamérica.

En este artículo se plantea el concepto de la integración sociocultural no como un problema, sino como una situación compleja que hay que abordar de forma positiva, puesto que consideramos que el mestizaje cultural ha enriquecido la sociedad insular canaria. Para ejemplificarlo, la literatura se convierte en un eficaz medio educativo.

Palabras clave: Integración, mestizaje, sociocultural, literatura, educativo

ABSTRACT

The problem of sociocultural integration is by no means a new one. It has become more crucial in Spain nowadays because of the massive arrival of immigrants from all over the world, Africa and Latin America mainly.

This paper deals with cross – culture integration, not as a problem, but as a complex situation which we consider from a positive point of view, since this phenomenon has enriched our Canarian society. Literature, as an example, becomes a useful educational means.

Key words: Cultural integration, cross-culture, literature, teaching

1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

No debería ser un problema, es cierto; pero la realidad cotidiana, en forma de noticias periodísticas de gran impacto mediático, muestra como uno de los fenómenos sociológicos que mayor alcance produce actualmente en las sociedades occidentales —el denominado desde, sobre todo el punto de vista económico, el primer mundo—, el de la integración sociocultural.

No creemos que ninguna de esas sociedades occidentales a donde arriban en oleadas multitud de emigrantes de zonas conflictivas y deprimidas, puedan afirmar que en su configuración no se haya dado una simbiosis étnica, que en distintas etapas de su historia se ha desarrollado en mayor o menor medida. De un modo u otro, toda sociedad occidental está impregnada de un mestizaje por distintas causas y, por supuesto, en distinto grado. Sin ir más lejos, nadie puede negar que España, no ahora, sino en los orígenes de su formación como estado y en su desarrollo ha sido un territorio en el que han convivido culturas diferentes y se ha nutrido de la idiosincrasia de cada una de esas culturas.

A pesar de ello, a pesar de que es evidente que esas sociedades occidentales han de asumir un pasado histórico que las hace ser deudoras de una realidad compleja y de interrelaciones culturales; la masiva afluencia de emigrantes de diversas zonas, cuanto menos inseguras, hacia sus ciudades en los últimos años, ha creado un debate social, en ocasiones muy enconado, sobre la conveniencia o no de estas riadas migratorias. Hemos hablado de conveniencia, y ahí ya se encierra una de las claves del enigma, porque se plantea la venida de esos emigrantes desde nuestra orilla, o sea desde ese primer mundo, que en nuestra mirada geográfica parece que está arriba, y no desde el otro lado del río, del mar, de aquel o del otro lugar —en definitiva, cualquier accidente geográfico o línea divisoria se convierte en una frontera, en un límite—. Ahora bien, si hiciéramos un simple ejercicio de imaginación y nos trasladáramos, aunque sea sólo mentalmente, hacia esa otra orilla desde donde huyen miles de personas, a lo mejor observaríamos la conveniencia de esa huida, de ese éxodo hacia El Dorado que constituyen, sin lugar a dudas, las naciones que conforman el primer mundo.

Por otra parte, se dice desde diversos foros, que no podemos caer en el sentimentalismo fácil, en abrir todas las puertas, en dar tantas facilidades a los que vienen de fuera, porque, si no, acabaríamos con un estado del bienestar que nos ha costado tanto construir y del que nos gusta tanto disfrutar sin que nos vengan a *molestar* gente tan distinta a nosotros. Es, permítannos el ejemplo, como aquella pareja que no puede disfrutar de un estupendo confit de pato porque tras los cristales que los aísla del mundanal ruido, hay un molesto aparcacoches

que no les quita la vista de encima; así que llaman al camarero para que les busque otra mesa porque la visión es inaguantable y el dulce sabor del pato se agría en sus bocas. Sin embargo, aún así, no creemos que se le deba considerar como un problema sino como una situación, eso sí, compleja, o muy compleja, si se quieren acentuar las circunstancias que genera.

Hay un dato incontrovertible a este respecto, cualquier fenómeno migratorio está sujeto a unas causas sociales, esencialmente políticas o económicas, que instan a una salida irremediable del lugar de residencia. Partimos, pues, del hecho de que toda emigración es traumática y no pasa por ser, precisamente, un viaje de placer que digamos. A esto se le suma otro aspecto que, pensamos, no admite igualmente ningún tipo de reproche, el fenómeno de la emigración en masa no es un fenómeno nuevo ni muchísimo menos. La historia de los pueblos ha estado jalonada de procesos migratorios tremendos, por ejemplo el caso de los judíos, pero también el de los palestinos. Por razones de diversa índole –religiosas, étnicas, accidentes violentos de la naturaleza, políticas, económicas, etc.– se han llevado a efecto a través de la historia de la humanidad incontables trasvases demográficos.

Por lo tanto, no pensemos que el asunto del que tratamos es un asunto recién creado. No, en absoluto ¿Qué es lo que hace que nos parezca como una realidad que no habíamos experimentado y que de repente se mete por debajo de nuestras rendijas como un virus que hay que cortar de modo inmediato? Sencillamente, que España se ha convertido en las últimas décadas en una nación integrada de pleno derecho en la Comunidad Europea y que el nivel de vida de los españoles, sin caer en la idealización de que esto es Jauja, sí que, comparado con otros países cercanos culturalmente o geográficamente, es bastante más que aceptable. Hemos pasado de modo vertiginoso de ser un país de emigrantes, en la Posguerra española hasta casi los 70, a ser un país receptor. En el caso de las relaciones de España con Latinoamérica es especialmente significativo este cambio sociológico. En general, el rumbo que tomaba la emigración hasta hace bien poco, durante casi cinco siglos, fue de este a oeste; es decir, de España hacia el continente americano. Sin embargo, la dirección ha cambiado de manera radical en los últimos tiempos; latinoamericanos afectados por unas crisis políticas y económicas gravísimas han buscado y siguen buscando refugio en nuestro país.

Por otro lado, ¿no se esforzaron los ilustrados del siglo XVIII o los krausistas del XIX en defender unas ideas conducentes al bien colectivo, al bien universal? Esas ideas son soportes básicos de los estados del bienestar del primer mundo hacia donde vienen tantas personas huyendo de la miseria, del hambre, del dogmatismo político o de la explotación; pero parece ser que una cosa son las

palabras y otras los hechos. En una cita de Rousseau se recoge este bello aserto: «Así como el primer paso hacia el bien es no hacer mal, el primer paso hacia la felicidad es no sufrir». Pues si este planteamiento pasara por ser un precepto ético en las sociedades occidentales, ¿no deberíamos intentar por lo menos evitarle el *sufrimiento* a esas multitudes que recalán en nuestras costas o llegan por otros medios para instalarse en España, o para abrirse paso a través de nuestro país a otras naciones de la Comunidad Europea?

Hemos hablado de complejidad al referirnos a la situación que se establece como resultado de esas corrientes inmigratorias que llegan a nuestro suelo —no vamos ni siquiera a entrar en lo que podría ser otro punto de debate interesante al respecto, el concepto de propiedad del suelo, de *nuestro* suelo, en determinados momentos; sobre todo ante alguien que proviene del exterior—. Pero a nosotros como filólogos, reconociendo esa naturaleza compleja que no negamos —al contrario, insistimos en que sólo unas causas de gran alcance pueden originar tales movimientos—, la evolución y transformación de las sociedades, con todo lo que implica de cambio, la concebimos como un proceso lógico, no deseable en el caso de las migraciones por lo que hay detrás de ellas en su origen, pero sí lógico. En el desarrollo de las lenguas es incuestionable el cambio y el mestizaje lingüístico. Esto, por supuesto, es fruto de una evolución y de un contacto cultural. Asumiendo esta perspectiva, nuestra toma de postura es la de aceptar el fenómeno de la emigración como un fenómeno sociológico, que se lleva a cabo en la medida en que los países de salida atraviesan dificultades extremas de diversa índole, y los países receptores ofrecen unas expectativas de trabajo asumibles por parte de esos emigrantes, aunque sean en condiciones pésimas ¿Por qué no se emigraba como se hace ahora desde África a España? Entre otras razones de índole cultural —el contacto de Francia con las zonas francófonas era muy fuerte—, fundamentalmente porque nuestro país no presentaba esas expectativas que hoy se dan. Por lo tanto, si tanto preocupa la *invasión* migratoria se ha de dirigir la mirada hacia dos frentes, hacia el espacio de donde procede y hacia el espacio al que desean incorporarse. En el ánimo de resolver las causas del brote de ese caudal migratorio está el que se detenga. De todos modos, la historia nos demuestra que siempre han existido flujos masivos de este tipo y sería muy inocente de nuestra parte pensar en un final, al menos cercano.

En este apartado de consideraciones preliminares nos quedan tres puntualizaciones por hacer. La primera de ellas es la necesaria ojeada retrospectiva a nuestra historia, la de España en general, y la de Canarias en particular, para que sea percibida, sobre todo por las jóvenes generaciones, la emigración como un hecho coyuntural que ha afectado seriamente a nuestra sociedad en distintas

épocas marcadas por múltiples motivos, desde una sequía devastadora hasta las persecuciones políticas tras la Guerra Civil, o la situación de penuria económica en la Posguerra. Uno de los libros que recomendamos con mayor interés sobre la emigración española es el de Marielena Zelaya Kolker, *Testimonios americanos de los escritores españoles transferrados de 1939*, donde da cuenta exhaustiva de la importancia de la emigración española hacia América tras la Guerra Civil; importancia no sólo en número, sino también en la calidad humana e intelectual de sus componentes. De hecho, una de las tesis que sostiene Zelaya Kolker en su obra es la del enriquecimiento cultural que recibieron los países de acogida de aquellos exiliados que huían de España. Leamos uno de sus fragmentos:

Llegaron por mar, en barcos fletados por organizaciones españolas supervivientes de la república, y también en otros casos y en años subsiguientes, por medio de recursos propios los que los tenían o auxiliados por familiares u organizaciones benéficas como la de los cuáqueros [...] El núcleo mayor se asiló en México y es por eso que, al descubrir las vicisitudes de los refugiados en trance de establecerse, México es el punto de referencia más frecuentemente mencionado. Pero los expatriados se repartieron por casi todos los países de América, principalmente en Santo Domingo, Cuba, Venezuela, Argentina y Chile (Zelaya Kolker, 1985: 14).

No debemos olvidar que, a pesar de que cualquier exilio es en sí una experiencia dolorosa, y que no debemos caer en idealizaciones tópicas, sí es cierto que hubo una respuesta generalizada desde el continente americano hacia el exilio español. León Felipe hablaba de la hispanidad como medio para sustraerse a la idea de que había salido de España, pero no había dejado atrás una cultura que lo identificaba. Lo hispano que representa, sin lugar a dudas, un ejemplo extraordinario de mestizaje cultural. Hoy en día llegan a nuestro país cientos de emigrantes latinoamericanos amparados también en ese concepto abstracto, pero real, de la hispanidad. El siguiente texto de José Paulino subraya este aspecto al comentar los versos que el poeta escribe en «Ahora definiré la Hispanidad»:

[...] el espacio del exilio para León Felipe tiene también una tierra, lugar real y corpóreo, acrecido y ensanchado en sus límites que, sin embargo, en su poesía se hace irreal, desrealizado. No es la América presente tanto como el reino futuro por venir, después de la resurrección. Está completamente abstraído de cualquier condición concreta e inmediata: reino que 'no será de este mundo', 'un anhelo sin raíces ni piedras', pertenece al mundo de la sangre (a lo íntimo de la persona, cuyo fluir es el origen del ritmo y del poema). La Hispanidad es hija de España, que de nuevo aparece con su doble personificación de Cristo y Don Quijote, pero no tiene cuerpo, es espíritu. (Paulino, 1982: 31-32).

La penúltima consideración que hemos de manifestar es la de nuestra percepción del mestizaje como un elemento positivo. La calificación de mestizo, desde nuestra óptica, no ha de encerrar ningún efecto peyorativo. En modo alguno; al contrario, centrados en la realidad insular de Canarias, el mestizaje, a nuestro entender, supone uno de los privilegios más notables de la constitución cultural de la sociedad en la que vivimos. Canarias, fundamentalmente por su enclave estratégico –casi central en el Atlántico, la posición del centro o de la periferia depende de donde estemos situados y de la forma en que ejercitemos la mirada–, ha sido lugar de paso en las travesías transoceánicas desde los viajes colombinos hasta la actualidad. Además, el turismo ha potenciado, sin lugar a dudas el contacto cultural; también es cierto que a costa de una ruptura de determinados paisajes naturales que ha producido un deterioro paisajístico extremo. No obstante, desde el punto de vista sociocultural el mestizaje en Canarias ha favorecido la configuración de una idiosincrasia abierta, de cosmopolitismo, que ha enriquecido al archipiélago. Sólo un dato en este sentido, la convivencia de distintos grupos étnicos y religiosos que han ido asimilándose sin mayor problema, así como enriqueciendo con la variedad multicultural el ámbito social de las Islas.

La última de estas consideraciones preliminares va dirigida hacia el campo de la educación. Este corto trabajo que presentamos tiene en el fondo una intención educativa. A los profesionales de la enseñanza, como ocurre en tantas otras ocasiones –la educación frente a enfermedades de riesgo, la educación no sexista, la lucha frente al racismo, etc.–, se los convierte en una punta de lanza, de la que se espera una gran efectividad, frente a determinadas situaciones complejas que se dan en la sociedad. Por ello, aunque creemos que la educación ha de recibirse en un marco más amplio que sólo el del entorno académico, hemos visto conveniente en estos momentos, desde nuestra faceta educativa que es la de la enseñanza de la literatura, aportar un material que pueda contribuir a la comprensión del fenómeno migratorio, lo cual ya es un paso ganado en la concienciación de un colectivo, el estudiantil, de gran repercusión social en la actualidad y, sobre todo, en el futuro. A partir de este planteamiento, hemos elegido, de los muchos textos que pueden ser objeto de estudio sobre el asunto de la emigración, la novela de J. J. Armas Marcelo *El árbol del bien y del mal*. Es nuestro propósito continuar en esta línea de trabajo sobre la integración cultural, así que podremos ampliar, esperemos que pronto, el panorama de obras y de aspectos que se recogerán en una investigación más detallada.

2. EL ÁRBOL DEL BIEN Y DEL MAL: APUNTES SOBRE EL MESTIZAJE CULTURAL

J. J. Armas Marcelo se inserta en la denominada *Narrativa canaria de los años setenta*, formada por un grupo de autores, en el que se aglutinan escritores ya conocidos, pero que publican sus obras más significativas en esos años, como Alfonso García-Ramos o Rafael Arozarena, con un conjunto de jóvenes como Juan Cruz, Fernando Delgado, Juan Manuel García Ramos, Luis León Barreto, Luis Alemany, Víctor Ramírez, el propio Armas Marcelo, etc. Todos ellos impulsan, apoyados en una época que *per se* social y políticamente hablando proponía un cambio, una obra narrativa amplia —es posible que en esa década, desde el punto de vista editorial y de premios literarios, contemple los años más importantes en cuanto a narrativa se refiere en la historia de la literatura canaria—, con un alto contenido crítico y con unas propuestas formales en la línea de la novela más vanguardista en esos momentos, con claras influencias de la *nouveau roman*, de Faulkner, de Lowry, de Joyce y de otros autores, como es el caso de los escritores hispanoamericanos que se descubrían por entonces, y de los novelistas españoles que se habían subido a la renovación que supuso, entre otras obras, especialmente *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos.

Como es de suponer, la evolución de ese grupo de la *Narrativa canaria de los años setenta* fue desigual, tanto en la producción como en la evolución estética que han seguido los que han continuado escribiendo. En el caso de J. J. Armas Marcelo observamos a uno de los pocos autores que se ha convertido en lo que podríamos considerar como un profesional de la literatura. Desde hace años vive en Madrid donde ha conseguido el reconocimiento crítico. Un breve recorrido por su obra variada nos depara, entre otros, los siguientes títulos: *Estado de coma* (1976), *Calima* (1978), *Las naves quemadas* (1982), *El árbol del bien y del mal* (1985), *Los dioses de sí mismos* (1989), *Madrid, Distrito Federal* (1994), *Así en La Habana como en el cielo* (1998) y *El Niño de Luto y el cocinero del Papa* (2001).

El árbol del bien y del mal es en esencia una novela histórica que J. J. Armas Marcelo recrea a partir de un leimotiv enigmático, un árbol simbólico que aúna a tres generaciones de una familia con evidente significado dentro de la historia insular, concretamente de la conquista, los Rejón —no olvidemos que Juan Rejón fue uno de los artífices más significativos de la conquista de Canarias—. Afirma El Hadji Amadou Ndoye al respecto: «Los Rejón, como todos los conquistadores, tomaron posesión de la tierra que descubrieron sin plantearse aparentemente problemas de conciencia. Y las Islas Canarias sólo empezaron a existir para ellos a partir del momento en que echaron allí el ancla» (Ndoye, 1998: 105). El entronque de la cultura española con la aborigen de las Islas comienza con la

conquista, por lo tanto la referencia a este protagonista histórico de tal evento nos resulta especialmente relevante dentro del contexto de la integración socio-cultural que estamos revisando.

Francisco, Juan y Horacio Rejón dan vida a tres personajes a través de los cuales el escritor da una imagen ficticia, pero con visos reales, de lo que han sido las relaciones Canarias-América con el propósito de testimoniar literariamente la conformación sociohistórica del archipiélago. En términos de Jorge Rodríguez Padrón, Armas Marcelo ha llevado a cabo la «creación de ámbitos y de personajes, de un tiempo y de una peripecia de ficción, pero que –al mismo tiempo– tengan la transparencia suficiente para que escritor y lector sepan que allí se dilucida su propia identidad, las raíces de la comunidad a la cual su existencia se encuentra vinculada» (Rodríguez Padrón, 1985: 86).

El universo novelesco de J. J. Armas Marcelo ha contemplado, como una clave personal y literaria, las relaciones existentes entre América y Canarias. Tras su marcha a Madrid, donde reside, esa relación sigue siendo una referencia básica en sus novelas. Quizás ahora tengamos que hablar de una relación triangular, Madrid-Canarias-América. En cualquier caso, Armas Marcelo es consciente de que se inserta en una cultura atlántica que conoce muy bien, una cultura que no poseen sus colegas peninsulares; así en sus obras, aún las más recientes como *Así en La Habana como en el cielo* o *El Niño de Luto y el cocinero del Papa*, se halla la vertiente atlántica, concretamente en estas dos novelas a través de una interpretación ficcional de Cuba. Incluso en *Madrid, Distrito Federal*, una novela que se concreta tanto desde el título, recurre al componente cultural de Canarias para hilar la anécdota por medio del uso narrativo del mito de la luz de Mafasca de Fuerteventura.

En Salbago, topónimo real de la isla de Gran Canaria que es utilizado en *El árbol del bien y del mal* como trasunto espacial de nuestro territorio insular, Francisco Rejón, cuida en un lugar escondido de su casa ese árbol que da título a la novela, y que nos remite a los continuos contactos que este personaje tiene con América: «cuando el árbol del bien y del mal fue creciendo y dio sus primeros frutos, Francisco Rejón extremó sus cuidados con jarabes especiales y abonos de fórmulas secretas que había aprendido, como casi todo, en Cuba» (Armas Marcelo, 1989: 178). Francisco Rejón, como señala el narrador, fue un «privilegiado que pudo permitirse el lujo de conocer los dos mundos, el isleño de Salbago y el caribeño americano» (Armas Marcelo, 1989:71).

El lector se encuentra ante *El árbol del bien y del mal* con una tipología de novela saga; pero centrada en esos tres hombres que enlazan cronológicamente el siglo XIX y XX. Para entender cabalmente la novela en estos términos hay que

referirse a su obra anterior, *Las naves quemadas*, donde da cuenta de los orígenes del clan familiar de los Rejón en el mismo espacio de Salbago. En *Las naves quemadas* se narra también esa ligazón ente Canarias y América que continuamos viendo en *El árbol del bien y del mal*. En la «Introducción» que María Rosa Alonso hace de esta novela que estamos trabajando, la excelente investigadora tinerfeña hace una relación pormenorizada y de gran acierto crítico de la obra de Armas Marcelo hasta el momento de su publicación. Los comentarios en torno a las circunstancias que rodean la vida de esas tres generaciones de Rejón que protagonizan el relato apuntan interesantes interpretaciones simbólicas:

En *El árbol del bien y del mal*, las tres últimas generaciones de Rejón, desde fines del XIX a los años en que el novelista vive, se desenvuelven bajo las frondosas, míticas y simbólicas ramas. El vendaval de esta vena fornicaria de antihéroes dan gestas fenomenales de locura sexual, y la gran carga obscena de que está provista desemboca sus bajeles en las alborotadas playas de una pasmosa fantasía. Armas Marcelo, nuestro primer novelista erótico, hace de la lujuria obra de arte. Pero una gran novedad se trenza ahora en la narración: un fino sentido humorístico envuelve la vida de los personajes y con él se amortigua un tanto la dura e implacable crítica de la isla, aunque no desaparezca del todo. Los Rejón están embriagados por el tentador afrodisíaco que emana del lúbrico tronco fálico del árbol y sacude las ramas de una ambrosía perturbadora, en un nuevo jardín de las delicias, en el que el árbol es metáfora trasunta del simbólico Edén semítico (¿del pecado de la carne o del pecado del saber?) y embruja a los personajes de la novela. (Alonso, 1989: 25).

Hemos hablado de Francisco Rejón, el primero de los protagonistas de esta familia que vertebra la estructura de *El árbol del bien y del mal*. Los otros dos, Juan y Horacio Rejón también son ejemplos de ese contacto sociocultural que se despliega entre Canarias y América. Juan Rejón encarna la figura de un republicano que tiene que exiliarse, como muchos otros –antes leíamos el testimonio de Zelaya Kolker–, a partir de la Guerra Civil española. Juan Rejón ha de viajar a México y Venezuela por motivos políticos que lo obligan a salir de la isla, una situación nacida de la experiencia real y que ha de servir de paradigma, como apuntábamos en las consideraciones preliminares, de las circunstancias contrarias que se dan hoy en la sociedad española. Sin embargo, también es cierto que Armas Marcelo, como matiza María Rosa Alonso, desmitifica la figura de Juan Rejón haciéndolo pasar por una persona de ideales poco escrupulosos:

La segunda generación es la del exiliado Juan Rejón, el bastardo republicano, quien se apodera del dinero a él confiado por sus compañeros políticos, con lo que tal ejemplar representante del bando perdedor de la guerra civil queda tan mal parado como los estraperlistas y cambulloneros enriquecidos en la llamada zona nacional. Todos los títeres que Armas construye se quedan sin cabeza, sean tirtos o troyanos; es decir, sean rojos o azules. (Alonso, 1989: 26-27).

Horacio Rejón, del cual parte el ciclo de esta novela, pues es a partir de él cuando se comienza a rastrear en la historia de sus antepasados, también es el elegido para cerrar ese ciclo. Horacio Rejón es un joven indiano que regresa a la tierra de su padre para comprar la casa de su familia y trasladarse a vivir en ella. En otra ocasión nos hemos referido a este personaje de *El árbol del bien y del mal* como «un hombre que se presenta como un ser anormal dentro de la sociedad de Salbago, uno de los aspectos que potencian su anormalidad es su relación con las ideas republicanas de su padre —el único hijo del único Rejón republicano—, también un ser anómalo, contrario a la idiosincrasia de su familia, «de sangre tradicional y monárquica» (Quevedo García, 1995: 103).

La figura del indiano, muy reconocida en la sociedad insular canaria, queda reflejada a través de este personaje que también sentirá el influjo de ese árbol del bien y del mal que forma parte del destino de esa familia. En cuanto al concepto de la integración, del mestizaje cultural, se refiere, no cabe duda de la importancia que los indianos han tenido como medio de trasvase de costumbres, de léxico, por no hablar del beneficio económico que aquellos que lograron encontrar de alguna manera algún tipo de El Dorado fuera de las Islas, trajeron consigo como reactivador de la economía del archipiélago. Por supuesto, todos los que emigraban a América no volvían como indianos luciendo dientes de oro y haciendo ostentación de su riqueza, por la sencilla razón de que todos los emigrantes no tuvieron la misma fortuna. La novela canaria de las últimas décadas, entre la que se enmarca *El árbol del bien y del mal*, es muy sensible a este respecto y ejercita con bastante rigor una desmitificación de ese ideal tópico de El Dorado americano que, en ocasiones, ha servido simplemente para desviar la atención de la realidad. Sin embargo, Horacio Rejón sí que es un indiano que viene con dinero para hacerse con la casa que fue de sus antepasados:

Sellaban un pacto de muerte, pero ellos no lo sabían. El trato quedó cerrado por la tarde, y sólo entonces Horacio Rejón comprendió que ese día era uno de los más importantes de su vida. Había logrado comprar la casa de sus antepasados, los fundadores de Salbago, venciendo el poder de todos los rumores y después que el mismo Dámaso Padilla hubiera intentado disuadirlo.

–Ocurren cosas muy raras ahí dentro –le dijo Dámaso Padilla.

Horacio Rejón lo miró fijo a los ojos, iluminado por la obsesión. «Me da lo mismo que la habiten los demonios. La compro con diablos y todo», le contestó presagiando el aleteo triunfal de la promesa que había hecho a su padre, el capitán republicano Juan de Rejón, cuando estaba a punto de morir en México. Así que finalmente Dámaso Padilla se encogió de hombros, porque pensó que aquella guerra había dejado de ser suya, y acabó doblegándose ante la contumacia de Horacio Rejón. (Armas Marcelo, 1989: 33).

Para concluir, queremos hacer mención de un motivo festivo, que todavía pervive con mucha fuerza en nuestros días en la isla de Gran Canaria, que es tomado por Armas Marcelo en *El árbol del bien y del mal* como elemento identificador de una comunidad y que manifiesta una clara muestra de mestizaje cultural que viene de muy antiguo. Nos referimos a la fiesta de La Rama, una fiesta que ha unido los ritos aborígenes de la petición de lluvia con la tradición católica. Creemos que las líneas que describen, con un estilo detallista, barroco, muy caracterizador de su prosa, ese espectáculo de fervor y de fiesta son una señal inequívoca de que el mestizaje –la integración cultural– vivifica a los pueblos. Además, es imparabile, porque no hay suficientes puertas para ponerles a los campos y sí mucha gente con el simple ánimo de sobrevivir:

Desde las diez en punto de la mañana, La Rama se había apoderado por entero del pueblo de Agaete, colapsado por desmedido cortejo de gritos, cánticos zumbones y saltos al aire libre que coreaba el incesante son de la música informal y bullanguera de la banda municipal. Abría el desfile una interminable culebra humana bailando hasta el paroxismo en piruetas sinuosas y rebuscadas, en congas que crecían zigzagueantes a lo largo de las calles, dando brincos en un palmo de terreno, girando arremolinadas y apenas sin moverse, y mezclando los sudores, alientos y voceríos en una algarabía inusitada y vívida. Cientos de cabezas subían y bajaban al ritmo del baile, arracimadas, ebrias, los brazos extendidos hacia el cielo enarbolando al aire la rama de la fiesta y entregándose a un éxtasis de gorgónicas contorsiones que recordaban de vez en cuando el origen sagrado de la ceremonia. Desde ventanas y azoteas se seguía con aplausos de aliento a la caravana, porque La Rama no era un carnaval mundano, fruto de la voluntad política del cacique de un tiempo determinado y abierto a cualquiera por el mero hecho de la asistencia, sino un rito secular que se escondía durante un año en el alma silenciosa del pueblo de Agaete para bajar en esas fechas de agosto desbordante y regocijado a tomar por asalto las calles, las plazas, los rincones recoletos y hasta las casas de la villa. (Armas Marcelo, 1989: 264-265).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, R. M.^a (1989). Introducción. En J. J. Armas Marcelo, *El árbol del bien y del mal* (pp. 11-29). Islas Canarias, España: Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias.
- ARMAS MARCELO, J. J. (1989). *El árbol del bien y del mal*. Islas Canarias, España: Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias.
- NDOYE, E. H. A. (1998). *Estudios sobre narrativa canaria*. Tenerife, España: Baile del Sol.
- PAULINO, J. (1982). Introducción. En León Felipe, *Ganarás la luz* (pp. 13-86). Madrid, España. Cátedra.
- QUEVEDO GARCÍA, F. J. (1995). *Constantes de la narrativa canaria de los setenta*. Las Palmas de Gran Canaria, España. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, J. (1985). *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, España: Cabildo Insular de Tenerife.
- ZELAYA KOLKER, M. (1985). *Testimonios americanos de los escritores españoles transferrados de 1939*. Madrid. España: Ediciones Cultura Hispánica. Instituto de Cooperación Iberoamericana.